

# Plenitud de la muerte y la luz en la poesía de Bonilla Naar

Escribe: EBEL BOTERO

Que el arte poético sea patrimonio exclusivo de los bohemios y de los "malditos" es un concepto absurdo harto común en nuestra tierra. Es innegable que estadísticamente se podría sustentar, al menos en países emotivos como el nuestro, pero no como una tesis universalista sino como un mero hecho. Tratar de explicarlo como causado por la clase de vida que soportan tales artistas resulta más que aventurado, porque de ser la poesía efecto de la vida desarreglada o miserable, todos los desharrapados habrían de ser poetas.

Si así fuera, se daría indudablemente una hermosa compensación natural parecida a la que enseña la religión católica en el terreno sobrenatural, a saber, que los pobres y los que sufren en esta vida obtendrán una eternidad feliz, al tiempo que los ricos irán al infierno. Tal sentido de justicia compensatorio no deja de ser atractivo. Pero desafortunadamente la realidad es muy diferente en este campo de las artes, concretamente en el de la poesía. Y no son pocos a lo largo de la historia los genios artísticos que han llevado una vida arreglada, ascética a veces, y que han disfrutado de comodidades, poder y aun felicidad más o menos completas. Por si alguien lo duda, basta que piense en unos pocos nombres, echados al azar: Federico II de Sicilia, el Marqués de Santillana, Montaigne, Bossuet, Goethe, Jovellanos, Sarmiento, M. A. Caro, Valencia, etc.

Por su sed de justicia compensatoria, muchos intelectuales colombianos se atienen al prejuicio de que para ser un buen literato es condición *sine qua non* parecerse algo o mucho a Villon, Verlaine, Darío, Villaespesa, Barba Jacob, o uno de tantos poetas trashumantes de la actualidad. Entonces no pueden aceptar que sea poeta valioso un hombre que tiene su vida regimentada, que disfruta de éxito social, profesional, económico y científico, por ejemplo Alfonso Bonilla Naar.

Nacido en Cartagena —en la misma calle del Tablón de su maestro, el Tuerto López— el 29 de octubre de 1916, de ascendencia española por el padre y judeo-holandesa por la madre, se educó en su ciudad natal y

se graduó de médico en la Universidad Nacional de Colombia en 1941. Como tal, ha tenido un éxito fenomenal que no le quieren perdonar algunos envidiosos (a quienes yo tampoco culpo, dicho sea con honradez...): ha viajado por el mundo entero aprendiendo, pronunciando conferencias, asistiendo a congresos internacionales, operando a personajes célebres. Ha brillado en la cátedra universitaria, se ha destacado como uno de los mejores cirujanos y como descubridor de nuevos hechos científicos, ha publicado seis libros de ciencia médica y unos 300 estudios técnicos acogidos por las mejores revistas del mundo.

Como triunfador nato que es, Bonilla Naar (Alfonso, pues un hermano suyo también es cirujano ejemplar) —después de haber sido campeón de bolitas de cristal cuando niño y de bolos cuando estudiante y profesional— ha seguido triunfando en todo, en el matrimonio que le ha dado cinco hijos, en lo económico como se desprende de los anteriores datos, en lo social por su sorprendente facilidad de hacer y conservar amistades, en el campo de su propia salud, pues parece no sufrir ni de las más insignificantes dolencias, y últimamente en lo literario.

Esto último merece capítulo aparte. Hacia los 43 años el profesor Bonilla, empujado por sus amigos a coronar reinas y echar discursos líricos en reuniones, descubrió su talento para escribir. A imitación de su madre, cuentista como él. Bonilla compuso una serie de *Cuentos impresionantes* (Bogotá, 1959) prologados por Calibán (Enrique Santos Montejo) y en 1965 puso a circular un cuento navideño, *Lucero*, en un disco *long play* de Polydor. Traducido a varias lenguas, aparecerá pronto en francés en forma de libro en edición de París, con el título de *Etoilin*.

Con sus cuentos, llevados a la televisión y ganadores de una mención honorífica en un concurso (1958), encontró su talento para la narración literaria. Hasta el momento tiene escritas dos novelas —inéditas aún— de notable valor: la una, *Vivo de dos a cuatro*, obtuvo también mención honorífica en el Concurso Esso de Novela 1963 y está actualmente entre las finalistas en un torneo mundial de la editorial española Seix-Barral; la segunda, *La pezuña del diablo*, ganó el segundo premio en el concurso guatemalteco de carácter internacional Juegos Florales Hispanoamericanos, de Quezaltenango en 1965, después de haber sido declarado desierto el primer premio.

Pero es como poeta lírico precisamente como nos interesa en este trabajo, no sin reconocer, por haber leído completa una de sus novelas y parte de la otra, que el novelista puede algún día —y no lejano— superar al poeta. Me baso en una simple ecuación: poeta más científico igual novelista, la cual necesita una breve glosa: el talento de expresarse literariamente, unido a la observación y análisis del científico, ha de producir un buen novelista si se le añade a tales ingredientes un poquitín de interés en los seres humanos (no sería Bonilla médico de éxito si careciera de él). Estaba por agregar algo que se que a él no le caerá mal pero que es rechazado por los sabios locales como propio de mentes débiles: su signo zodiacal, Escorpio, suele conllevar una capacidad extraordinaria para la novela.

Pues bien, como poeta Bonilla Naar lleva ya publicados dos libros de poemas, a más de cuatro folletos que contienen obra recogida en aquellos poemarios. Los libros son: *Cuarzo* (Bogotá, julio de 1963) y *Angustia de la luz* (Bogotá, octubre 29 de 1965). Los folletos se titulan: *Partida al sol* —con ilustración de Héctor Rojas Herazo— (Bogotá, 1961), *Campana y nombre* (Extensión Cultural, Cartagena, 1962), *Y tu muerte intacta* —ilustrado por Georges Arnuf— (Bogotá, agosto 28 de 1963), y *Selección poética* (revista de la Academia Hispanoamericana de Letras de Colombia, cuyo presidente es actualmente el mismo Bonilla; número de abril de 1964). Para completar el cuadro, hay que añadir una obra de teatro, *Viaje sin pasajero*, estrenada en función de gala en el Teatro de Colón, Bogotá, en julio de 1959.

Después de todo esto se comprenderá por qué el poeta guatemalteco Manuel Arce y Valladares —quien lo presenta en la *Selección poética* nombrada— llama a Bonilla “un verdadero caso” para médicos, y Calibán se pregunta sorprendido “de dónde saca este hombre capacidad de trabajo tan extraordinaria”. Por las mismas razones es también comprensible que algunos de sus émulos, temerosos quizás de tan agresivo competidor, le nieguen inclusiones o menciones o lleguen a regatearle el título justamente merecido de poeta original y ejemplar. Parecen querer decir: “Conténtese con ser un gran médico y no nos invada nuestro terreno”. Pero no bastan estas actitudes para atajar una vocación inevitable.

Ante el “caso” Bonilla, es necesaria una interpretación. Calibán propuso una de fuerte probabilidad: la mezcla racial favorable por la presencia de sangre judía, sangre de muchos genios. Esta explicación genética ha de complementarse con una psicológica o ambiental. Cartagena es una ciudad llena de luz, elemento primordial en la poesía de Bonilla, como veremos, y el mar que la circunda —omnipresente en dicha obra poética— es un inmejorable maestro de ritmo y equilibrio.

Arce y Valladares se admira de una “mente tan equilibrada” como la del poeta cartagenero, lo que no le impide paradójicamente apellidarle “caso”. La aparente contradicción radica en el erróneo concepto de que salirse de lo común y corriente es necesariamente signo de desequilibrio neurótico. Creo que puede demostrarse con estadísticas que la mayoría de los poetas hispánicos recientes han sufrido o sufren de un grado mayor o menor de neurosis, o como quiera llamarse aquella peculiar desadaptación a la realidad, característica de muchísimos bardos. Pero no de la totalidad, y entre esos seres excepcionalmente adaptados contaríamos a Bonilla como uno de los sobresalientes por su naturalidad, serenidad, sentido de las proporciones y en general por la armonía síquica.

Así visto el hombre, no será necesario atribuir su talento polifacético a aquella “dualidad magnífica” de que habla Arce y Valladares, o a las “facultades opuestas” que encuentra Calibán en el médico-poeta. Simplemente para mí Bonilla es un hombre completo, o si se prefiere, arquetípico como el cortesano ideal de Castiglione. De ese modo el poeta funciona en el laboratorio entre conejos y perros o en el aula académica o en el quirófano, mientras que el médico no está ausente del escritorio donde se hacen cuentos, novelas, obras de teatro, discursos y sobre todo poemas.

A la mayoría de los intelectuales puede parecernos imposible o al menos muy difícil tal integración, lo uno por ser poco común y lo otro porque somos en mayor o menor grado individuos complicados, desintegrados (neuróticos, si se quiere) desajustados. Más aun, aquella falta de complicación podemos superficialmente achacarla a una inexistente simplicidad —en el sentido peyorativo de la palabra— o para decirlo todo de una vez, al aburguesamiento, hipotético en este caso. Este aparente burgués es en el fondo un atormentado por internos duendes que él atomiza precisamente por medio de la acción múltiple e incansable.

Ahora bien, parte del equilibrio mental de este “médico, poeta y loco” (así lo llama Calibán) es atribuible a la atmósfera en que se formó, como lo he insinuado antes. Ahora explico: el mar con su vaivén perfectamente regulado, con la nivelación relativa de sus aguas, con la colosal monotonía de su mole, educa a sus perpetuos espectadores hacia cierta apacibilidad difícil de hallar en las breñas antioqueñas o santandereanas. Yo he encontrado que en general los costeños son apacibles, serenos, escépticos. La luz tropical, por otra parte, confunde en la más perfecta armonía a todos los seres iluminados por ella, y como que los nivela también. Claro está, sin embargo, que por sí solo el ambiente no puede producir poetas-médicos de esta clase; si así fuera, todos los costeños saldrían perfectos genios literario-científicos.

De todos modos, yo insisto en negar contradicción entre las actividades tan variadas que ha desarrollado en tan pocos años el profesor Bonilla. El mismo, muy a propósito, cita estas palabras de Rilke: para escribir un solo verso “es necesario haber estado junto a los moribundos, es necesario haber permanecido sentado junto a los muertos, en la habitación, con las ventanas abiertas y los ruidos que irrumpen como golpes” (Cf. prólogo a *Cuarzo*). Bonilla lo ha hecho infinidad de veces, hasta el punto de que yo creo que su maestra principal del arte poética ha sido la *Muerte*, la *Novia pálida*.

Pero siguen los contrastes, porque si sus versos han sido dictados por la muerte no parece fácil explicar por qué su poesía es tan alegre, constructiva, jovial, optimista. Estas cualidades cabalmente son las que más recomiendan su obra lírica ya que en Colombia, tierra de excelentes y numerosos poetas, la inmensa mayoría de la producción literaria en general y poética en especial, brota de la desolación, la amargura, el dolor. Nuestra literatura es casi esencialmente negativa y pesimista. Quizás sea así también en toda la literatura universal, como piensa Hernando Téllez (Cf. *Literatura*), quien además cree que así tiene que ser. Yo, en cambio, no me conformo. Empeñado estoy en estimular, hasta donde me sea posible, la literatura alegre, o en su defecto, la humorística que es alegre en el fondo por más que la superficie refleje grandes dolores. Entre paréntesis, por esta razón es por lo que he creído que el Tuerto López es nuestro mejor poeta, que en las letras mundiales nadie ha superado a Cervantes (nadie, ni Dante ni Shakespeare, como suena) que en el rincón de mis padres, Caldas, solo los humoristas, Arango Villegas y Luis Donoso, han dejado obra perdurable.

Humor encuentro en la poesía de Bonilla Naar hasta el punto de llamarlo, con mucho honor para él, discípulo aprovechado del Tuerto sublime, por ejemplo en el poema *Mendigo*: “Ha muerto Juan / con su mieria puesta”, en el juicio final pasará “del bolsillo del estudiante / a las manos de Dios”. (Los estudiantes de medicina cargan huesos hasta en los bolsillos...). O en el bellissimo poema de coronación de Stella Márquez, hablando de Cartagena, donde dice: “Ven, que aquí pescan, / cabeceando, / pargos de eternidad / con la camándula a fondo”. O en el *Breve recado a la muerte* que termina con este chiste ingenuo, infantil, pero fresco y sonriente: “Ah, me olvidaba, / si cambio de dirección, / te aviso”.

Humor sí, pero más aun travesura infantil, gracia de un hombre contento que obliga a todos a sonreír con él. En el trato personal, Alfonso Bonilla Naar nunca adopta el tono doctoral y tremendista de los que hablan siempre *ex cathedra* sobre gravísimos problemas metafísicos. Por lo mismo su poesía no tiene por qué ofrecer insondables densidades a los lectores. Hartos estamos de poetas tristísimos que nos cuentan toda la amargura de su pavorosa soledad, a nosotros que precisamente buscamos al leerlos un poco de diversión a nuestra angustia.

*Angustia de la luz* es un título que no corresponde bien a la naturaleza del libro. Al bautizarlo, sospecho que Bonilla claudicó por un momento ante el hambre de angustias y soledades que parecen tener (pero no tienen) los lectores. Pudo haberlo titulado igualmente *Triunfo de la luz*. En cuanto a la soledad, tema socorrido de cuanto “apolonida” hay por ahí, Bonilla lo trata solamente una vez, y, ¡de qué manera! Juzgue el lector *La soledad*. Epígrafe: “Mi soledad se llama hombre...”. “A los anacoretas, / a los que exigen mi presencia / para sentirse a tono, les recuerdo: / que tengo alma y que también me canso / de verme a solas con el hombre”. Aunque el último verso es artísticamente ambiguo (verme a solas conmigo que soy hombre o con otros seres humanos), para el poeta, estar con el hombre es estar solo. Eso es todo. Nada, pues, de lloriqueos ni protestas, como otros poetas que han hecho de la soledad lo que ciertos mendigos de una úlcera: un foco de atracción. Sobra decir que algunos lo han hecho admirablemente, pero ya nos están hostigando con el tema los epígonos.

La temática de Alfonso Bonilla Naar a lo largo de sus ochenta y tantos poemas —de los dos libros— es la de un hombre contento, y no veo yo por qué hayamos de rechazarla por esa simple razón. Sus padres, sus niños, sus parientes y amigos, su niñez, sus amores, la mujer, la ciudad natal, los hombres humildes, pobres y abandonados, la naturaleza (mar, río, árboles, animales, viento, noche, etc.), objetos, de arte o de placer (la pipa, por ejemplo), y la muerte y el tiempo vistos por el lado brillante, aunque parezca imposible...: he ahí sus temas. Que algunos de sus poemas sean de circunstancia no tiene por qué restarles mérito cuando se trata de un poeta respetable y no meramente de un versificador que va dejando palabras rimadas en cada álbum que le extienden, como el caracol su babaza por doquiera.

Pues bien, este material poético alegre y sereno brota de una fuente increíble, la muerte, como acabo de afirmar. Más propio sería decir el

concepto de muerte. En efecto, para los médicos ese final del hombre es un mero hecho biológico: por muy compasivo que sea, el médico no puede mezclar la percepción del hecho con las emociones más intensas que afectan gravemente a los deudos del agonizante. Por supuesto él mismo es visitado en sus seres queridos, pero estadísticamente el número de muertos ajenos es muy superior al de los de casa o grupo, sobre todo en el caso de un profesional que lleva tantos años presenciando la terrible escena.

Para comprender mejor este punto, me llega de perlas un ensayo del célebre médico y humanista Félix Martí Ibáñez, publicado recientemente en *M.D.*: “En contra de lo que la gente cree, la muerte, al parecer —salvo casos excepcionales o accidentes— no va en general acompañada de dolor físico, antes bien, va matizada de serenidad y aun de cierto bienestar y exaltación del espíritu, euforia premortal independiente de todo ideal religioso o filosófico, causada por la acción del anhídrido carbónico sobre el sistema nervioso central y por el efecto de la intoxicación originada por sustancias tóxicas. A este respecto refiere Ernest Hemingway que una vez le dijo un médico famoso: *El dolor de la muerte es menor que un dolor de muelas*”.

La biografía de Bonilla refuerza hasta cierto punto el argumento: ha querido la suerte que sus idolatrados padres gocen de longevidad, con lo que la muerte, en lo que tiene de espectro para los deudos inmediatos, le ha evitado al poeta, hasta el final de su segundo libro de poemas por lo menos, la traumática impresión de aquellos bardos que perdieron a sus seres queridos en temprana edad o en circunstancias impresionantes. Es cierto que algunos de sus más queridos amigos han desaparecido y le han arrancado a Bonilla hermosas elegías, pero es evidente la diferencia entre ambos casos.

Rodeado, pues, el poeta por la muerte casi cotidiana, no ha podido menos que hacerla entrar en su poesía. Más aún, ella ha llegado casi a dominarla. Pero es una muerte realista, juguetona, traviesa como Bonilla, que cumple con su deber como cumple el profesor con el suyo. Naturalidad ante todo, parece ser el lema de Bonilla. Por eso le dedica al tema varios de sus mejores poemas. Por ejemplo el titulado *Breve recado a la muerte* que es un apóstrofe semihumorístico a la terrible dama. Te he visto aquí y allá, en esta y en aquella forma, haciendo esto y aquello, y por qué eres de esta o de esa manera... “¿Por qué tanta crueldad / si somos tuyos sin dudarlo? / Si te basta dar un brinco / de la camisa a la sangre y matarnos”. “Si somos mitad vivos / mitad tuyos”. (“Se vive y se desvive a la vez”, afirma Martí Ibáñez).

Tanta naturalidad se acerca a veces a un aparente cinismo, como cuando en *El manzano* el árbol le dice el hombre: “Tus brazos mis ramas serán / y juntos les haremos señas / a las muchachas”. Nótese de paso la estupenda greguería. El sentido es claro: el cadáver humano sirve de abono al árbol. “Entonces, / las manzanas tendrán / piel de doncella y en la sidra / se tomarán al hombre por sorbos... / ¡Cuando yo caiga, / nos derrumbaremos los dos!”. No hay, pues, tal cinismo. Es pura poesía, y

poesía mística en el mejor sentido, el de la unidad cósmica en la que nadan todos los seres. Se requiere para captarla un cerebro privilegiado. Para Bonilla la muerte no es esencialmente más que un mojón en la transformación perpetua de los seres, una etapa en la evolución. Así en *El durazno* dice este: "Antes de caer, / llevo anticipados / mis gusanos".

El biólogo le sirve de acólito al poeta en su sagrado rito. La vida es una cadena, y el padre, como en una carrera de relevos, pasa la antorcha a su vástago: "Desde mañana no trabajo más. / Embarquen las mercancías en mi hijo". (De *Me llamo río*). "Todo lo mío es tuyo / menos la muerte: / tuve la precaución / de no enterrarla en tí" (dice el padre al hijo en el poema *Para un niño que quiero eterno*). Claro que la ha enterrado, pero es que ahí ya el poeta hizo callar al sabiondo biólogo y se puso a confundir deseos con realidades...

En la muerte de un árbol Bonilla mira filosóficamente la evolución y le dice al árbol: "Las gentes, como hormigas, / se llevarán tu cuerpo, / lo enterrarán en puertas y pupitres, / y entizarán los niños / tu rostro en los tableros". "Hoy te he visto; / con la erizada sombra de la barba, / un cadáver hermoso / como si hubiera muerto el día". (La subraya es mía, como también esta glosa para los lectores subdesarrollados: la barba son las raíces del árbol caído, y si el día, la luz, muriera, su cadáver sería tan hermoso como el del árbol). Si esto no es poesía ni hay aquí "densidad", que mueran de nuevo Quevedo y compañía.

"Un cadáver hermoso". No repugnan entre sí las dos palabras porque el que habla es un poeta que no puede dejar de ser médico, o lo contrario. No hay tal dualidad. Es la naturaleza, la misma que en el poemita *El ataúd* habla por la boca de este y dice: "¿Cuándo será que los muertos, / con sus mejores ternos, tranquilos / se despidan de los suyos / y por las escalas del cielo / lleguen derechamente a Dios?". Los ternos son los ataúdes; para estos —la naturaleza— no es explicable tanta alharaca.

Pero cuidado con confundir las cosas. Esta naturalidad del científico ante la muerte no es señal de cerebralismo o insensibilidad en el poeta, como podría concluir algún superficial. Lo que ocurre es que Bonilla ha matado a la muerte y la trata como a una muerte muerta. "¿Dónde está, muerte, tu victoria?", como reza el texto sagrado. Así puede interrogar el médico triunfador que ha sacado mil y una vez a la Intrusa del cuerpo de un enfermo grave. Por eso le tiene confianza familiar y la pone, como a una esclava, a dictarle sus poemas.

La verdadera triunfante en todo esto no es otra que la vida. Desde luego la muerte no pertenece a nadie más que a la vida, o dicho de otro modo, solamente la vida —lo biológico— puede morir. Por eso el poeta espía con interés la muerte que su padre parece tener escondida en alguna parte, como prisionera. Cuando su progenitor cumplió 76 años compuso Bonilla el hermoso poema *Me llamo río*. ("Desemboca en mi ser, padre. / Yo seré tu cementerio"; río, el fluir de la evolución cósmica). Al cumplir 80, produjo el poeta una de sus cinco mejores poesías, la ex-

tensa titulada *Y tu muerte, intacta*. “Si lo único intacto en tí / es la muerte!”. “Si la llevas / en tu recio estuche de huesos / como nueva!”. Este poema es un paradigma de emoción contenida, de abundancia de recursos expresivos, de metafísica y de humor depurado.

Es, pues, el amor a la vida lo que lleva al escritor a ocuparse de algo que a ella pertenece, la muerte, algo que ha sido transformado por este nuevo Fausto (la comparación es de Calibán) en “una lechuza, o una muerte seria / con ojos amarillos de la risa”. Y así tenía que ser, dicho sea al margen, porque es atributo de algunos seres amar la vida con frenesí y ocuparse sin descanso de la muerte. Plutón así lo quiere.

La vida es la luz porque la muerte es sombra. De ahí la insistencia de Bonilla en el tema de la luz. Hay abundancia de luceros en su obra poética. Ambos libros tienen títulos lumínicos: el cuarzo es puro brillo y la luz prevalece sobre la angustia. Los derivados de la luz aparecen casi en cada poema. En *Preguntas al mar* leemos: “¿Qué cantidad de luz amasas para el día?”. El epígrafe de un poema reza: “Saber que somos luz, y sufrir frío, humanamente esclavos de la muerte”. (Blas de Otero). Luz igual vida: “Mientras discurra lumbre por las venas / se quedará la abuela con nombrarla” (de *Mamá Tere*, la abuela de sus hijos).

En *Hastío* leemos este rico verso: “La luz que me sostiene se derrumba”, donde la luz es el amor en un primer plano, la fe en otro, y todavía en otro se convierte en lo que hace que los seres existan porque si la luz no los destaca y resalta —o sea, al llegar la noche del no ser— se pierden de vista, mueren como muere la tarde. En uno de los mejores sonetos que he leído en mi vida (y conste que en esto del soneto como vehículo expresivo estoy en el bando opuesto por considerarlo exhausto), *Riña de gallos*, hay una imagen poderosa, “relámpagos tasajan el recinto” apenas comparable con la resonante cola “por el pico gotéale la muerte”. Luz y sombra, relámpagos, angustia de la luz. Mejor agonía de la luz, de la luz que al fin triunfa. Agonía, lucha. La riña de los gallos, la corrida de toros. Sobre este tema tiene Bonilla Naar un extenso y precioso poema, *Tarde de toros*, en octosílabos más o menos libres en cuanto a la rima asonantada de los romances. Lo complementa en el sentido el “Diálogo en el cambio de tercio” entre el toro y el torero. (“Tendido tiene un alambre / entre mis cuernos la muerte / para secar los pañales”). Juego de luces y sombra, de vida y muerte.

Triunfa siempre la vida, y la muerte está a veces “de luto / por la muerte de una muerte” (otra greguería del *Breve recado a la muerte*. Y ese triunfo lleva al poeta a observar el proceso desde la niñez hasta la vejez y a preocuparse por el tiempo. Este último tema aparece a cada paso, por ejemplo en el poema *Regálame tu ola*, donde el autor de 47 años de edad envidia a un marinero de 18: (“dieciocho robles le calculo; / más esbelto que el día / como extraño sol sin franela”). “Préstame tu edad. / Regálame tu ola. / Me desnudo treinta años / y me lanzo al mar / de diecisiete ramas”.

En nadie más intensamente que en el niño se nota la acción de la savia vital. De ahí que el tema de la niñez abunde en la obra de Bonilla,



tanto la niñez propia como la de sus hijitos. *Sonetos con pasos*, por ejemplo, a uno de sus niños que empieza a caminar: "Eso eres. Un trozo de alegría, / un racimo de meses solamente, / ola desnuda, insomnio de la fuente, / brisa rubia de junio por el día". O *Un tren hiende la noche*, también soneto. En él, como en toda la poesía de Bonilla, "un niño grita al fondo de la vida" y solo queda del sueño "un niño sollozando en la memoria".

El caso es que nuestro poeta, como casi todos los líricos, revive perennemente su infancia. Las impresiones primeras de la luz y de la vida han quedado vibrando desde entonces sin que lleguen a amortiguarse grandemente. No sería exagerado decir que Bonilla Naar, al escribir poesía, sigue siendo un niño, con lo cual se recomienda más que se demerita su obra lírica, porque solamente la frescura del hallazgo, el olor a madrugada —como lo llama él— la novedad del ser dan valor a la poesía pura, es decir a la que sirve de testigo en la recreación artística.

Lo curioso es que este hombre casi cincuentón, de cara fresca y rasgos infantiles, travieso en su asociación, juguetón en sus versos, "ocurrente" como un niño, sea un adulto de perfecta madurez como médico, novelista y miembro de la sociedad humana. Con todo, no creo que sea esto efecto de una dualidad o desdoblamiento, sino resultado de ese espíritu armonioso que sabe hacer y actuar en cada caso con diferentes potencias espirituales: para la creación literaria se viste de niño pero con una naturalidad admirable como que fue un niño feliz y encuentra fácil recordar y revivir. Y dado que su tránsito a la madurez no padeció traumas notables, regresa a ella con igual espontaneidad cuando tiene que operar a alguien o resolver un problema científico.

También la ancianidad como meta final del hecho biológico invade la poesía de Bonilla. No se cansa de admirar la presencia simultánea de la muerte y la vida en su padre, y así como encontró hermoso el cadáver del árbol, mira la hermosura —en sentido estricto de la forma anatómica— del anciano, y en ella se complace: "¡Qué bien ciñes los meses! / ¡Qué bien te ajustan / la piel los calendarios!". "Hueles a nuevo, / a sol recién sembrado". "Has sido fuerte como un mástil". Indaga con impaciencia cuál sea el secreto: "Dime qué trato hiciste con los días / que así tan suave te arañaron". "Escritúrame, padre, no lo olvides, / tu modo de mirar a las estrellas". Etc. (La poesía colombiana, especializada en excelentes composiciones al padre, ha superado aquí una marca).

El espectáculo de la vida se detiene con deleite a contemplar sus formas más hermosas, ya en micropoemas a las plantas o animales, ya en composiciones extensas para cantar la belleza humana. Calibán admiró justamente aquel canto de coronación de Stella Márquez en que "el poeta regala su ciudad a la reina": "Ven, / desde ese lucero, / amada inasible, / (...) baja por esta luz / que te extiende al mirarte", etc. *Mujer dorándose en la playa* es otro hallazgo poético, al igual que el canto de coronación también, titulado *Luz Marina* (Zuluaga): "Qué vano espectáculo, / Luz Marina, / este de unos hombres / cansados de medir estatuas / midiendo el universo de tu talle!". "Pobre metro desgastado / tan cerca

de tí y tan distante". "Es que entre la tela / y la realidad que en tí florece / hay un abismo que solo tú sabes". Y luego viene una larga letanía lírica preciosísima donde Bonilla Naar se gradúa de poeta inagotable y recursivo.

El amor, compañero de la muerte, y suma expresión de la vida, inspira a nuestro bardo un gran número de composiciones admirables, como *Plenitud* ("Cuando tu cuello descubres a la luna, / las estatuas salen a ponerse collares"), *Hacia el lado dormido de tu nombre* ("Tan cerca amaneciste de mi cielo / que oigo tu risa abriendo celosías", etc.), *Claudia* ("A eso vine, / a situarme en el espacio mínimo / que dejan entre sí las palabras, / donde solo caben los ojos / incitantes del perfume, / y a mirarte desde todos los idiomas, etc."), *Este largo río de abstinencia*, *Hacia lo urgido de tu piel*, *Por mi aliento van tus sueños* ("Cortar los besos no intento: / tú siempre, en medio, rendida"), las trece clásicas y perfectas *Décimas de aire* ("un beso sale temprano / recién bañado y galano"), etc.

Pleno de vida, de luz, de alegría, este niño bien, este hombre contento, tenía que tocar la tecla de la compasión humana, el tema social, sin que por esto hubiera de traducir al verso un farragoso tratado socialista. Compadecede hasta a los perros, como en *A un perro pordiosero* ("tambaleante contra el sueño, / abandonado de las pulgas y del nombre"), a los pordioseros (*Mendigo*), a los obreros (*Portapobreza*, sustituto de portacomidas), "A un torerillo que imploraba una corrida", al don Nadie que acaba de morir (*Fortunato Morelos*), etc.

Por esto mismo el tema de la violencia le inspira dos bellos poemas *Pesan tanto mis muertos* e *Imprecación de paz* ("quiero que las granadas enrojezcan por su cuenta"...). Tanta ternura se dirige hacia otras metas diferentes de la compasión, por ejemplo hacia el recuerdo de sus amigos (*Partida al sol*, *In memoriam*, etc.). Y hasta la lluvia y el viento —agentes de vida— le encargan poemas al enamorado de la vida: *Invocación de lluvia* ("El río anda enfurecido, / el pecho magro al viento, / porque mandó lavar el cauce y no le llega"), y *Por qué el viento no prologó este libro* ("Para que fueran más leves las hojas en las manos del lector. Y lo que allí se dijera llegaría pronto a los oídos de pana de las flores. Para que olieran a madrugada las páginas", para eso quería que el viento le escribiera unas letras de aire).

El lector habrá ya comprendido por qué razón yo no vacilo en ponderar esta clase de poesía. Su temática ilumina y conforta. Y el modo de manejarla impresiona aun a los más exigentes estetas. Sobre todo en el campo de la imagen, Bonilla Naar llega a logros portentosos. Ya he citado varios. Basten unos pocos ejemplos más. En *Invocación de lluvia* ante la horrenda sequía, dice: "Un puñado de canarios / deposita sus ahorros, / gotas de trino, / en el banco exhausto de la poza". En *Tarde de toros* habla del valiente: "Con el pequeño ataúd / de la montera andaluza / saluda al palco cimero: / Aquí enterraré su alma / que me resulta pequeña". Al infante en *Soneto con pasos* le dice: "Anda, deja los ángeles, da el paso: / que entre el recio / oleaje de las cosas / las aristas serán quillas de rosas".

En *Siembra de luna* se expresa así de una colegiala: “una noche sorprendiste a la luna / sembrando redondeces en tu pecho”. La ciudad que el poeta regala a la reina se la entrega “sin un rasguño, / amarrada en la tarde”. En los sonetos más perfectos de Bonilla, *La pipa* y *Riña de gallos*, abundan las imágenes novedosas y de un acabado exquisito (“Muerde la llama sombras con fiereza / como el ojo felino en la espesura / y en el mínimo cráter que fulgura / se abre un clavel donde el perfume aceza”, de *La pipa*). En *Tarde de toros* hay algo parecido a aquel “relámpagos tasajan el recinto” de la riña: “y triza en vidrios el aire” la bestia.

También por los ejemplos de todas clases se habrá visto cómo el artista cartagenero domina toda suerte de versos, libres o sometidos a la preceptiva, cómo su vocabulario es rico sin excentricidades y más bien con tendencia a la sencillez del habla común, que es la meta de los mejores artífices del verso moderno, y cómo la concisión por una parte y la abundancia de recursos líricos por otra dan a esta poesía con mucha frecuencia una fuerza expresiva sorprendente.

Esta salvedad que acabo de hacer (“con mucha frecuencia”) se justifica por una simple razón que me apresuro a elaborar brevemente: no toda la poesía de Bonilla Naar es perfecta. Ningún poeta famoso podría jamás ufanarse de tanta perfección; en todos hay desigualdades. El poeta rara vez, a lo largo de la historia, ha sobresalido por la modestia, y Bonilla no es una excepción: de ahí que no haya excluido de sus libros algunos poemas de escaso valor artístico para el público lector, por más méritos que puedan tener para un grupo. Pero la autosatisfacción de Bonilla es inofensiva, como que nace de la infantil alegría de crear. Ya lo dijo mejor que yo el señor Arce y Valladares: “No nos extrañamos cuando prorrumpe en eureka que se traducen en estruendosas interjecciones al comentar entre los amigos la feliz realización de sus propios hallazgos”.

Personalmente prefiero yo esta manifestación de la vanidad a aquella otra de quienes, muy convencidos de su genialidad, le hacen creer a uno que se consideran torpes, estúpidos, incapaces e indignos de hablar en público. La naturalidad del temperamento armonioso de Bonilla no podía hacer una excepción con su propia obra. Claro que esta franca y veraz actitud le ha podido ganar unos cuantos desafectos entre colegas menos seguros de sí mismos que Bonilla, pero estos y en general quienes disienten del aprecio que gran número de lectores le tributan al poeta-médico se irán convenciendo de que la obra lírica de este extraño personaje tiene un indiscutible valor, como he tratado de demostrarlo a quienes hasta aquí me han acompañado. Dirán al fin con Calibán: Bonilla “es todo un señor poeta”.